

FRANZ KAFKA

«LA CONDENA» Y  
«EL FOGONERO»

EPÍLOGO Y TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN  
DE LUIS FERNANDO MORENO CLAROS

BARCELONA 2018



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Das Urteil y Der Heizer*

Publicado por

A C A N T I L A D O

Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona

Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956

correo@acantilado.es

www.acantilado.es

© de la traducción, 2018 by Luis Fernando Moreno Claros

© de esta edición, 2018 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de esta traducción

Quaderns Crema, S.A.

ISBN: 978-84-17346-24-9

DEPÓSITO LEGAL: B. 22 741-2018

AIGUADEVIDRE *Gráfica*

QUADERNS CREMA *Composición*

ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *octubre de 2018*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

# CONTENIDO

LA CONDENA

7

EL FOGONERO

29

*Epílogo*

85



## LA CONDENA

### UNA HISTORIA

*Para F.*

Fue en una mañana de domingo en la primavera más hermosa. Georg Bendemann, un joven comerciante, estaba sentado en su habitación en el primer piso de una de las casas bajas, construidas a la ligera, que se extienden en una larga hilera a lo largo del río, apenas distinguibles entre sí por la altura y el color. Justo entonces acababa de terminar una carta a un amigo de juventud que estaba en el extranjero; la cerró con jugueta lentitud y después, el codo apoyado en el escritorio, miró por la ventana al río, el puente y las colinas de la otra orilla con su suave verdor.

Pensó en cómo ese amigo, descontento con sus progresos en casa, ya hacía años que, literalmente, había huido a Rusia. Ahora regentaba un negocio en San Petersburgo, que le había ido muy bien al principio, pero que desde hacía tiempo parecía estancado, según se quejaba el amigo en sus visitas cada vez más infrecuentes. Así que se extenuaba trabajando inútilmente en el extranjero, la poblada barba al estilo foráneo

malamente le cubría el rostro tan bien conocido desde los años de infancia, cuyo color de piel macilento parecía indicar el desarrollo de una enfermedad. Como él contaba, no tenía ninguna relación con la colonia de sus compatriotas establecida allí, pero tampoco casi ningún trato social con familias autóctonas, y se preparaba para una soltería definitiva.

¿Qué se le podía escribir a un hombre así, que evidentemente había equivocado su camino, al que por supuesto se le compadecía pero al que no era posible ayudar? ¿Acaso se le debía aconsejar que regresara a casa, que trasladara aquí su existencia, que retomara todas las viejas amistades—algo para lo que no había ningún impedimento—y que, por lo demás, confiase en la ayuda de los amigos? Pero eso supondría decirle al mismo tiempo—y cuanto más suavemente se le dijera, no por ello sería menos humillante—que hasta aquí habían llegado sus malogrados intentos, que al fin tenía que desistir de ellos, que tenía que regresar y aceptar de una vez por todas que los demás lo contemplasen con grandes ojos de asombro como aquel que tuvo que regresar, a quien sólo sus amigos entendían un poco, y que era un niño viejo y lo único que podía hacer era

seguir a los amigos, más afortunados, que se habían quedado en casa. Y aun así, ¿qué le aseguraba que toda aquella tortura a la que debía someterse tenía un sentido? Quizá ni siquiera se lograra de ninguna manera traerlo a casa—él mismo decía que ya no entendía lo que ocurría en la patria—, así que a pesar de todo seguiría en su extranjero, amargado por los consejos y todavía un poco más alejado de los amigos. Pero si realmente seguía el consejo y aquí se sintiera abatido, naturalmente no con intención, sino a causa de los hechos, si no era capaz de arreglárselas con sus amigos ni tampoco sin ellos, sentiría vergüenza, y entonces sí que no tendría ya ni patria ni amigos; así que, ¿no sería mucho mejor para él quedarse en el extranjero tal y como estaba? ¿Cabía pensar, dadas las circunstancias, que de verdad sería capaz de salir adelante aquí?

Por estas razones, si uno quería mantener una correspondencia epistolar como es debido, no se le podía hacer ninguna observación como las que suelen hacerse sin temor con el más lejano de los parientes. El amigo no regresaba a la patria desde hacía algo más de tres años y lo justificaba de manera muy deficiente con la inseguridad de la situación política en Rusia, a causa de

la cual a un pequeño hombre de negocios como él no le era posible ni la más breve ausencia, mientras que cientos de miles de rusos deambulaban tranquilamente por el mundo. Pero precisamente en el curso de esos tres años las cosas habían cambiado mucho para Georg. Del fallecimiento de la madre de Georg, que había sucedido hacía cosa de dos años, y desde el cual Georg vivía con su anciano padre en el mismo hogar, sí había sabido el amigo, quien le expresó por carta su pésame con mucha sequedad, seguramente porque el dolor que produce un acontecimiento así debía de ser totalmente inimaginable en el extranjero. Ahora bien, desde aquel tiempo Georg llevaba su negocio, lo mismo que todo lo demás, con mayor determinación. Quizá el padre, dado que pretendía que prevaleciera sólo su punto de vista en el negocio, le había impedido realizar su auténtica y genuina actividad en vida de la madre. Tal vez el padre, aunque seguía trabajando en el negocio, se hubiera vuelto más reservado desde la muerte de la madre, o tal vez—lo que acaso fuera muy verosímil—acontecimientos afortunados desempeñaran un importantísimo papel; en cualquier caso, en aquellos dos años el negocio había prosperado de manera



absolutamente inesperada. Habían tenido que duplicar el personal, la ganancia se había quintuplicado e indudablemente tenían por delante mayores progresos.

Mas el amigo no tenía ni idea de ese cambio. Antaño, quizá por última vez en aquella carta de pésame, quiso convencer a Georg de que emigrara a Rusia, explayándose sobre las perspectivas que concretamente para el ramo del negocio de Georg existían en San Petersburgo. Las cifras eran insignificantes comparadas con las proporciones que el negocio de Georg había adquirido. Pero Georg no tuvo nunca ninguna gana de escribirle al amigo sobre sus éxitos comerciales, y hacerlo ahora, posteriormente, habría parecido muy extraño.

Así que Georg siempre se limitaba a escribirle al amigo sólo sobre hechos insignificantes, tales como los que, cuando en un domingo tranquilo se pone uno a pensar, se amontonan sin orden en el recuerdo. No quería otra cosa que mantener intacta la imagen que el amigo se hubiera hecho de la ciudad natal en aquel largo intervalo y con la que se había conformado. De modo que a Georg le sucedió que hasta en tres ocasiones le comunicase al amigo en cartas bastante dis-

tanciadas entre sí el compromiso matrimonial de un hombre insignificante con una muchacha igual de insignificante, y que entonces el amigo, en contra de la intención de Georg, comenzara a interesarse por esta rareza.

Sin embargo, Georg prefería escribirle tales cosas antes que confesarle que él mismo se había comprometido hacía un mes con la señorita Frieda Brandenfeld, una muchacha de buena familia. A menudo hablaba con su novia de este amigo y de la singular relación epistolar que mantenía con él. «Así que no vendrá de ninguna manera a nuestra boda—dijo ella—, y, sin embargo, yo tengo derecho a conocer a todos tus amigos». «No quiero molestarlo—respondió Georg—, entiéndeme bien, es posible que viniera, al menos así lo creo yo, pero se sentiría obligado y lastimado, tal vez me envidiaría, y seguro que le amargaría e incapaz de superar alguna vez esa amargura, regresaría otra vez solo. Solo... ¿Sabes lo que es eso?». «Sí, pero ¿no se enterará de nuestra boda de otra manera?». «Eso no puedo evitarlo yo, pero dada su manera de vivir es algo casi imposible». «Si tienes tales amigos, Georg, no deberías haberte prometido». «Sí, esto es culpa de nosotros dos; pero ni

siquiera ahora querría que fuera de otra manera». Y cuando entonces ella, respirando agitada bajo sus besos, añadió: «Pero aun así es algo que me inquieta», él pensó que en efecto sería inofensivo escribirle al amigo y contárselo todo. «Así soy yo y así tiene que aceptarme—se dijo—, no puedo sacar de mí un hombre que sea más adecuado para la amistad con él que este que yo mismo soy».

Y efectivamente, en la extensa carta que escribió esa mañana de domingo, comunicó a su amigo el acaecido compromiso matrimonial con las palabras siguientes: «La mejor novedad me la he reservado para el final. Me he prometido con la señorita Frieda Brandenfeld, una muchacha de una familia acomodada, establecida aquí mucho tiempo después de tu partida, a la que es casi imposible que hayas podido conocer. Ya se presentará la ocasión de contarte más detalles sobre mi novia, hoy te bastará saber que soy muy feliz y que si algo cambia esto en nuestra relación es que ahora, en lugar de tener en mí a un amigo enteramente normal, tendrás un amigo feliz. Además, en mi novia (que te manda saludos cordiales y que pronto te escribirá) tendrás a una amiga leal, algo que no carece de importancia para

un soltero. Lo sé, hay muchas cosas que te impiden hacernos una visita, pero ¿acaso no sería mi boda una buena ocasión para echar por la borda de una vez todos los impedimentos? Sea como fuere, actúa con toda libertad y como mejor te parezca».

Con esta carta en la mano, el rostro vuelto hacia la ventana, Georg permaneció largo rato sentado a su escritorio. A un conocido que lo había saludado desde la calle al pasar apenas si le respondió con una sonrisa ausente.

Finalmente se guardó la carta en el bolsillo, salió de su habitación y, cruzando un pequeño pasillo, se dirigió a la habitación de su padre, en la que no había estado desde hacía meses. Tampoco es que hubiera ninguna necesidad de hacerlo, pues trataba constantemente con su padre en el negocio. El almuerzo lo tomaban ambos al mismo tiempo en una casa de comidas, por las tardes cada uno cenaba por su cuenta; sin embargo, después se sentaban un ratito en la sala de estar, la mayoría de las veces cada uno con su periódico, salvo cuando Georg, como sucedía muy a menudo, salía con sus amigos o, como ahora, visitaba a su novia.

Georg se sorprendió de lo oscura que estaba

la habitación del padre incluso en esa soleada mañana de domingo. Tamaña sombra era arrojada por el alto muro que se alzaba algo más allá del pequeño patio. El padre estaba sentado junto a la ventana, en una esquina adornada con diversos recuerdos de la difunta madre, y leía el periódico, que sostenía ladeado delante de los ojos intentando compensar algún tipo de debilidad ocular. Sobre la mesa quedaban los restos del desayuno, del que parecía no haber consumido mucho.

«¡Ah, Georg!», dijo el padre, y enseguida salió a su encuentro. Su pesada bata se abrió un poco al caminar, los bajos ondearon a su alrededor. «Mi padre sigue siendo un gigante», pensó Georg.

«Aquí es insoportable lo oscuro que está», dijo después.

«Sí, sí que está oscuro», respondió el padre.

«¿También tienes la ventana cerrada?».

«Me gusta más así».

«Afuera hace muchísimo calor», dijo Georg como prolongando lo que había dicho antes, y se sentó.

El padre recogió la vajilla del desayuno y la puso sobre una cómoda.

«En realidad sólo quería decirte—prosiguió Georg, quien seguía muy extraviado los movimientos del anciano—que ya he anunciado a San Petersburgo mi compromiso matrimonial». Sacó un poco la carta del bolsillo y dejó que cayera otra vez en él.

«¿A San Petersburgo?», preguntó el padre.

«Sí, a mi amigo», dijo Georg y buscó los ojos del padre. «En el negocio es él muy distinto—pensó—, cómo se sienta aquí tan ancho y cruza los brazos sobre el pecho».

«Sí. A tu amigo», dijo el padre con énfasis.

«Ya sabes, padre, que al principio no quería decirle nada de mi compromiso matrimonial. Por consideración, por ningún otro motivo. Tú mismo sabes que es un hombre difícil. Así que me dije: quizá se entere de mi compromiso matrimonial por otra parte, aunque dada su manera de vivir tan solitaria es poco probable. En cualquier caso, eso no lo puedo evitar, pero por mí mismo no debe saberlo».

«¿Y ahora te lo has vuelto a pensar?», preguntó el padre, depositó el gran periódico en el alféizar de la ventana y, sobre el periódico, las gafas, que cubrió con la mano.

«Sí, ahora he pensado otra cosa. Si es un buen

amigo, mi feliz compromiso matrimonial también será motivo de felicidad para él. Así que no he dudado de que debía anunciárselo. Pero antes de enviar la carta quería decírtelo».

«Georg—dijo el padre, y abrió mucho su boca sin dientes—, ¡escucha por una vez! Acudes a mí por este asunto para que te aconseje. Eso te honra, sin duda. Pero no vale nada, menos que nada si no me dices toda la verdad. No quiero remover cosas que no vienen al caso. Desde la muerte de nuestra querida madre han ocurrido ciertas cosas desagradables. Quizá llegue también su tiempo, o quizá llegue más pronto de lo que pensamos. En el negocio se me escapa algo, no es que me lo oculten (no quiero insinuar que en efecto me lo ocultan), ya no soy tan fuerte como antes, me falla la memoria. Ya no tengo la claridad mental para toda esa cantidad de cosas. Esto, en primer lugar, es ley de vida; y en segundo lugar, se debe a la muerte de nuestra querida madrecita, que me ha afectado más que a ti. Pero como ahora estamos tratando de este asunto, de esta carta, te pido por favor, Georg, que no me engañes. Es una nimiedad, no tiene ninguna importancia, así que no me engañes. ¿Tienes de verdad ese amigo en San Petersburgo?».